

Introducción a la semana

Lun

18 Evangelio del día

Nov

2019

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Tu fe te ha curado”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Macabeos 1,10-15.41-43.54-57.62-64

En aquellos días, brotó un vástago perverso Antíoco Epífanés, hijo del rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén y subió al trono el año ciento treinta y siete de la era seléucida.

Por entonces surgieron en Israel hijos apóstatas que convencieron a muchos:

«Vayamos y pactemos con las naciones vecinas, pues desde que nos hemos aislado de ellas nos han venido muchas desgracias».

Les gustó la propuesta y algunos del pueblo decidieron acudir al rey.

El rey les autorizó a adoptar la legislación pagana; y entonces, acomodándose a las costumbres de los gentiles, construyeron en Jerusalén un gimnasio, disimularon la circuncisión, apostataron de la alianza santa, se asociaron a los gentiles y se vendieron para hacer el mal.

El rey decretó la unidad nacional para todos los súbditos de su reino, obligando a cada uno a abandonar la legislación propia. Todas las naciones acataron la orden del rey e incluso muchos israelitas adoptaron la religión oficial: ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado.

El día quince de casleu del año ciento cuarenta y cinco, el rey Antíoco mandó poner sobre el altar de los holocaustos la abominación de la desolación; y fueron poniendo aras por todas las poblaciones judías del contorno.

Quemaban incienso ante las puertas de las casas y en las plazas. Rasgaban y echaban al fuego los libros de la ley que encontraban; al que le descubrían en casa un libro de la Alianza, y a quien vivía de acuerdo con la ley, lo ajusticiaban según el decreto real.

Pero hubo muchos israelitas que resistieron, haciendo el firme propósito de no comer alimentos impuros. Prefirieron la muerte antes que contaminarse con aquellos alimentos y profanar la Alianza Santa. Y murieron.

Una cólera terrible se abatió sobre Israel.

Salmo de hoy

Sal 118,53.61.134.150.155.158 R/. Dame vida, Señor, para que conserve tus preceptos.

Sentí indignación ante los malvados,
que abandonan tu ley. R/.

Los lazos de los malvados me envuelven,
pero no olvido tu ley. R/.

Líbrame de la opresión de los hombres,
y guardaré tus mandatos. R/.

Ya se acercan mis inicuos perseguidores,
están lejos de tu ley. R/.

La salvación está lejos de los malvados
que no buscan tus decretos. R/.

Viendo a los renegados, sentí asco,
porque no guardan tus palabras. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 18,35-43

Cuando se acercaba Jesús a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le informaron:

«Pasa Jesús el Nazareno».

Entonces empezó a gritar:

«¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!».

Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte:

«Hijo de David, ten compasión de mí!».

Jesús se paró y mandó que se lo trajeran.

Cuando estuvo cerca, le preguntó:

«¿Qué quieres que haga por ti?».

Él dijo:

«Señor, que recobre la vista».

Jesús le dijo:

«Recobra la vista, tu fe te ha salvado».

Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

Reflexión del Evangelio de hoy

Un dilema que debemos afrontar con firme decisión

Estamos en el siglo II antes de Cristo. La cultura griega arraiga en Oriente próximo y encontramos a muchos judíos helenizantes, que se han dejado atraer por la novedad de una vida aparentemente más libre. Otros, en cambio, permanecen fieles a la ley de Israel y a sus tradiciones. Los primeros atribuyen los desastres que han acaecido al pueblo a un afán por aferrarse a su pasado, que les ha impedido actualizarse. Los otros –los ‘fieles’-, por el contrario, piensan que esas calamidades son consecuencia de sus pecados y que necesitan convertirse.

Se produce, pues, un cisma grave: se trata, en último término de elegir entre los dioses del helenismo y el Dios de Israel. Y no es una opción libre, ya que el nuevo rey, Antioco Epífanes, proscribió decididamente al judaísmo y amenaza con la pena de muerte al que no abraza el nuevo culto y sus prácticas. En el texto hay un reproche grave del comportamiento de los disidentes y una interpretación en términos de cólera divina por la situación que ese comportamiento ha desencadenado; y hay, por el otro lado, un elogio fervoroso de los que se han mantenido fieles a la ley y a las tradiciones, aun a costa de la vida.

La lectura cristiana de estos episodios del Antiguo Testamento nos interpela también hoy. No sólo frente a los casos de martirio que sufren muchos cristianos en diversos lugares del mundo; sino también frente al estado de cosas que observamos en nuestro propio suelo. Mientras muchos creyentes se acomodan fácilmente a los imperativos de nuestra sociedad, con frecuencia desdeñosa e incluso hostil a los valores cristianos, otros luchan por mantenerse coherentes con su fe y tratan de dar un testimonio creíble de ella en su vida diaria. ¿En cuál de los dos bandos militamos?

Una fe que tenemos que vivir con absoluta convicción

El ciego del Evangelio, a partir de su penosa dolencia y de los ‘rumores’ que ha oído sobre Jesús, confía en la compasión y en el poder de ese hombre para devolverle la salud. Y se atreve a llamarlo a gritos, empleando la expresión ‘hijo de David’, apelativo muy próximo al título de ‘Mesías’ (el liberador de Israel). En cambio, sus conciudadanos tratan de disuadirlo, alegando que va a ‘molestar’ al Maestro.

Insiste él, sin tener para nada en cuenta esa especie de reproche que le dirige la gente. Se ha sentido ‘tocado’ por la cercanía de Jesús y no muestra ningún respeto humano para manifestarse públicamente como necesitado y esperanzado. Y Jesús, a su vez, podemos decir que se ha sentido también ‘tocado’ por el grito de aquel discapacitado (como, en otra ocasión, se sintió tocado por la fe de aquella mujer que sufría flujo de sangre). Por eso se acerca a él, le pregunta qué quiere (sin duda para que todo el mundo pueda apreciar su actitud de confianza, en contraste con la incredulidad de tantos otros) y le confirma que ha sido su fe la que le ha curado (no sólo restituyéndole la vista, sino iluminando con nueva luz su vida). En realidad, su fe es la manifestación de la salvación que Jesús ofrece siempre y que el ciego ha acogido con verdadera convicción. Por eso se decide a seguirle, reconociendo al mismo Dios en el gesto compasivo de su enviado.

Este episodio de la vida de Jesús nos invita a reconocer y aceptar varias cosas: que estamos necesitados y esa necesidad nos limita y a menudo nos sitúa al borde del camino que recorren los otros; que muchas veces no podemos contar con los demás para recuperarnos; que Jesús es alguien sumamente compasivo y deseoso de socorrernos; que nos ofrece mucho más que un simple bienestar material; que sólo la confianza plena en él nos permite sentirnos salvados de nuestras miserias.

En resumen: ¿Qué dificultades estamos dispuestos a afrontar en nombre de nuestra fe? ¿Vivimos y manifestamos a diario una total confianza en Dios?



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

Mar

19
Nov

2019

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Hoy ha sido la salvación de esta casa”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Macabeos 6,18-31

En aquellos días, Eleazar era uno de los principales maestros de la Ley, hombre de edad avanzada y semblante muy digno. Le abrían la boca a la fuerza para que comiera carne de cerdo.

Pero él, prefiriendo una muerte honrosa a una vida de infamia, escupió la carne y avanzó voluntariamente al suplicio, como deben hacer los que son constantes en rechazar manjares prohibidos, aun a costa de la vida.

Quienes presidían este impío banquete, viejos amigos de Eleazar, movidos por una compasión ilegítima, lo llevaron aparte y le propusieron que hiciera traer carne permitida, preparada por él mismo, y que la comiera haciendo como que comía la carne del sacrificio ordenado por el rey, para que así se librara de la muerte y, dada su antigua amistad, lo trataran con consideración.

Pero él, adoptando una actitud cortés, digna de sus años, de su noble ancianidad, de sus canas honradas e ilustres, de su conducta intachable desde niño y, sobre todo, digna de la ley santa dada por Dios, respondió coherentemente, diciendo enseguida:

«¡Enviadme al sepulcro! No es digno de mi edad ese engaño. Van a creer los jóvenes que Eleazar a los noventa años ha apostatado y si miento por un poco de vida que me queda se van a extraviar con mi mal ejemplo. Eso sería manchar e infamar mi vejez. Y aunque de momento me librase del castigo de los hombres, no me libraría de la mano del Omnipotente, ni vivo ni muerto. Si muero ahora como un valiente, me mostraré digno de mis años y legaré a los jóvenes un noble ejemplo, para que aprendan a arrostrar voluntariamente una muerte noble, por amor a nuestra santa y venerable ley».

Dicho esto, se fue enseguida al suplicio.

Los que lo llevaban, considerando insensatas las palabras que acababa de pronunciar, cambiaron en dureza su actitud benévola de poco antes.

Pero él, a punto de morir a causa de los golpes, dijo entre suspiros:

«Bien sabe el Señor, dueño de la ciencia santa, que, pudiendo librarme de la muerte, aguanto en mi cuerpo los crueles dolores de la flagelación, y que en mi alma los sufro con gusto por temor de él».

De esta manera terminó su vida, dejando no solo a los jóvenes, sino a la mayoría de la nación, un ejemplo memorable de heroísmo y de virtud.

Salmo de hoy

Sal 3,2-3.4-5.6-7 R/. El Señor me sostiene

Señor, cuántos son mis enemigos,

cuántos se levantan contra mí;

cuántos dicen de mí:

«Ya no lo protege Dios». R/.

Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria,

tú mantienes alta mi cabeza.

Si grito invocando al Señor,

él me escucha desde su monte santo. R/.

Puedo acostarme y dormir y despertar:

el Señor me sostiene.

No temeré al pueblo innumerable

que acampa a mi alrededor.

Levántate, Señor; sálvame, Dios mío. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 1-10

En aquel tiempo, Jesús entró en Jericó e iba atravesando la ciudad.

En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí.

Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo:

«Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa».

Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento.

Al ver esto, todos murmuraban diciendo:

«Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador».

Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor:

«Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más».

Jesús le dijo:

«Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Reflexión del Evangelio de hoy

Bien sabe el Señor que sufro con gusto, por temor de Él

Ayer comenzamos a leer el libro de los Macabeos, que nos va a acompañar durante toda la semana. Después de ver la peligrosa situación por la que pasaba Israel en el siglo II a. de C. muchos judíos cambiaron de costumbres y se vieron obligados a adorar a dioses griegos. Sin embargo hubo otros judíos, celosos de la Alianza, que permanecieron fieles a su fe hasta dar su vida por la Ley.

Hoy se nos relata el heroísmo del escriba Eleazar: "uno de los principales maestros de la Ley", que no se dejó seducir por el mal. La compasión "ilegítima" que le mostraron sus antiguos amigos, ahora con cargos influyentes, debido a que cambiaron de cultura, no embaucó a un verdadero

amante de la Ley, fiel a sus tradiciones; y, “sin temer a los que matan el cuerpo, pero no pueden hacer más” (Lc 12,4), su fe creció ante la adversidad y corrió hacia el suplicio porque sabía que Dios, “Dador de la vida”, no le iba a dejar sin recompensa; y no solo a él, sino que también con su ejemplo sabía que iba a dejar su mejor lección a los jóvenes e incluso a toda la nación.

Zaqueo, baja enseguida porque hoy tengo que alojarme en tu casa

El Señor busca dónde hospedarse. Él, que no tiene dónde reclinar la cabeza, encuentra en un árbol -símbolo de la cruz- a alguien que le recibiera. Jesús camina hacia Jerusalén por etapas y en la séptima se encuentra con Zaqueo. Acaba de sanar a un ciego sentado al borde del camino y por ello, todo el pueblo alababa a Dios. Esto no le restó libertad a Jesús para comer con un publicano. Él atravesaba la ciudad –no tenía intención de pararse-; su fama era avasalladora y hasta el jefe de los publicanos quiso verlo. Éste era un hombre rico, pero un poco acomplejado porque era bajo de estatura y parece ser que poco sociable: “no se abría paso entre la gente”; a pesar de sus riquezas, estaba insatisfecho con su vida, no se arrojó ante las dificultades y se expuso a hacer el ridículo subiéndose a un árbol, porque ante todo, quería ver a Jesús. Su deseo se vio colmado cuando Jesús hizo un alto en el camino y levantando los ojos le llamó por su nombre. Él ha venido a salvar lo que estaba perdido y, como Buen Pastor busca hasta en los árboles a la oveja perdida. Aquí el pueblo murmura, pero a Jesús le urge la salvación: “Baja enseguida –le dice- hoy ha llegado la salvación a esta casa”. El arrepentimiento de Zaqueo no fue solo un acto de justicia: “devolver lo robado” sino de caridad. Jesús, que no pone límite a los números, ve en el corazón de Zaqueo un acto de generosidad y le felicita.

¿Quieres que hoy se hospede Jesús en tu casa? ¿De qué árbol tienes que bajar? ¿Te aminoran las dificultades? ¿Te sientes mirado por Jesús? ¿En tu corazón hay desprendimiento? Zaqueo bajó muy contento. Zaqueo recibió el mayor tesoro. Zaqueo encontró la felicidad.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Mié

20
Nov

2019

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Al que tiene se le dará”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Macabeos 7,1.20-31

En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley.

En extremo admirable y digna de recuerdo fue la madre, quien, viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un día, lo soportó con entereza, esperando en el Señor. Con noble actitud, uniendo un temple viril a la ternura femenina, fue animando a cada uno y les decía en su lengua patria:

«Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno: yo no os regalé el aliento ni la vida, ni organicé los elementos de vuestro organismo. Fue el Creador del universo, quien modela la raza humana y determina el origen de todo. Él, por su misericordia, os devolverá el aliento y la vida, si ahora os sacrificáis por su ley».

Antíoco creyó que la mujer lo despreciaba, y sospechó que lo estaba insultando.

Todavía quedaba el más pequeño, y el rey intentaba persuadirlo; más aún, le juraba que si renegaba de sus tradiciones lo haría rico y feliz, lo tendría por Amigo y le daría algún cargo.

Pero como el muchacho no le hacía el menor caso, el rey llamó a la madre y le rogaba que aconsejase al chiquillo para su bien.

Tanto le insistió, que la madre accedió a persuadir al hijo: se inclinó hacia él y, riéndose del cruel tirano, habló así en su idioma patrio:

«Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en el seno, te amamenté y te crié durante tres años, y te he alimentado hasta que te has hecho mozo! Hijo mío, te lo suplico, mira el cielo y la tierra, fíjate en todo lo que contienen, y ten presente que Dios lo creó todo de la nada, y el mismo origen tiene el género humano. No temas a ese verdugo; mantente a la altura de tus hermanos y acepta la muerte. Así, por la misericordia de Dios, te recobraré junto con ellos». Estaba todavía hablando, cuando el muchacho dijo:

«¿Qué esperáis? No obedezco el mandato del rey; obedezco el mandato de la ley dada a nuestros padres por medio de Moisés. Pero tú, que eres el causante de todas las desgracias de los hebreos, no escaparás de las manos de Dios».

Salmo de hoy

Sal 16,1.5-6.8.15 R/. Al despertar, Señor, me saciaré de tu semblante

Señor, escucha mi apelación,
atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica,
que en mis labios no hay engaño. R/.

Mis pies estuvieron firmes en tus caminos,
y no vacilaron mis pasos.

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras. R/.

Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme.
Yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19,11-28

En aquel tiempo, Jesús dijo una parábola, porque estaba él cerca de Jerusalén y pensaban que el reino de Dios iba a manifestarse enseguida.
Dijo, pues:

«Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey, y volver después.

Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles:

“Negociad mientras vuelvo”.

Pero sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo:

“No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros”.

Cuando regresó de conseguir el título real, mandó llamar a su presencia a los siervos a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado cada uno.

El primero se presentó y dijo:

“Señor, tu mina ha producido diez”.

Él le dijo:

“Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades”.

El segundo llegó y dijo:

“Tu mina, señor, ha rendido cinco”.

A ese le dijo también:

“Pues toma tú el mando de cinco ciudades”.

El otro llegó y dijo:

“Señor, aquí está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, pues eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado”.

Él le dijo:

“Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado? Pues ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses”. Entonces dijo a los presentes:

“Quitadle a este la mina y dádsela al que tiene diez minas”.

Le dijeron:

“Señor, ya tiene diez minas”.

“Os digo: al que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y en cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia”».

Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén.

Reflexión del Evangelio de hoy

La vida de fe se inserta siempre en un contexto social, político, económico. Vivimos en un contexto histórico que nos exige ciertas posturas, que pueden ser comprendidas o no, pero que son movidas por el deseo de ser fieles a Dios.

Lo soportó con entereza esperando en el Señor

Hoy la liturgia nos presenta la lectura del II libro de los Macabeos. Estos libros hacen parte del grupo de los libros históricos, cuyo objetivo es no perder la memoria de lo acontecido desde una perspectiva de fe. El relato nos ofrece la historia de una madre con sus siete hijos, los cuales son obligados a aceptar un estilo de vida que va contra su identidad como pueblo de Dios. No se trata de comer o no carne de cerdo, y sí de acoger en la vida cotidiana valores y costumbres que no van acorde con la fe que da sentido a sus vidas. La relación del pueblo de Israel no siempre fue de enfrentamiento, ellos también tuvieron relaciones afables y amistosas con otros pueblos. El quid de la cuestión es el grado de inmersión en una cultura que los obliga a renunciar a lo que es más sagrado para ellos.

Es en este contexto que debemos leer y acoger la historia de esta madre que alienta y anima a sus siete hijos a permanecer fieles a Dios, aunque haya que perder la vida. La primera lectura destaca la entereza de esta mujer que espera en el Señor y anima a sus hijos a mantenerse fieles en esta esperanza.

¡El Reino de Dios es para quien está dispuesto al riesgo!

La parábola siempre nos lleva a una realidad presente en la narración pero que nos lanza a una reflexión más profunda. Se trata de arriesgar. Para ello necesitamos acoger la historia y permitir que nos lance a caminos no pensados, organizados ni previstos.

La historia de los talentos no tiene como centro “como es Dios” o “cómo los empleados hicieron para aumentar los bienes”. El centro está situado en la rendición de cuentas. Es decir, ¿qué hacemos con los dones que el Señor nos da de cara a la construcción del Reino de Dios aquí y ahora?

Son varios los empleados que recibieron los talentos. Los dos primeros se presentan ante Dios con el rendimiento de los dones recibidos. El tercer empleado, sencillamente, guardó el don recibido. Esta persona ve a Dios como un patrón severo ante el cual siente miedo, y se esconde en el acto de guardar lo recibido para entregarlo tal cual lo recibió. Esa imagen que tiene de Dios no le permite arriesgar y compartir el don, ponerlo a servicio de los demás, correr el riesgo de ser una ayuda o una dificultad, de entregarse por amor. Esa imagen falsa de Dios le aísla de los hermanos, mata la

comunidad, empobrece la vida, marchita la alegría.

Así pues, estamos invitados a no cerrarnos en nosotros mismos por miedo a perder lo poco que tenemos, sino a compartir lo poco que tenemos y crecerá el cien por uno. Quien arriesga puede percibir cómo crece, de forma silenciosa, lo que se comparte. Eso sí, unido a las dificultades propias de cada tiempo, de cada contexto histórico. Por eso, el testimonio que nos ofrece el II Libro de los Macabeos ilumina esta parábola: quien no quiere perder nada, no gana nada. Pierde incluso lo poco que tiene. El reino de Dios, la vida de fe, implica riesgo.



Hna. Ana Belén Verísimo García OP
Dominica de la Anunciata

Jue
21
Nov
2019

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: Presentación de la Santísima Virgen (21 de Noviembre)

“¡Si comprendieras lo que conduce a la paz!”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Macabeos 2, 15-29

En aquellos días, los funcionarios reales, encargados de imponer la apostasía, llegaron a Modín para que la gente ofreciese sacrificios, y muchos israelitas acudieron a ellos.

Matatías y sus hijos se reunieron aparte. Los funcionarios del rey tomaron la palabra y dijeron a Matatías:

«Tú eres una persona ilustre, un hombre importante en esta ciudad, y estás respaldado por tus hijos y parientes. Adelántate el primero, haz lo que manda el rey, como lo han hecho todas las naciones; y los mismos judíos, y los que han quedado en Jerusalén. Tú y tus hijos recibiréis el título de Amigos del rey; os premiarán con oro y plata y muchos regalos».

Pero Matatías respondió en voz alta:

«Aunque todos los súbditos del rey le obedezcan apostatando de la religión de sus padres y aunque prefieran cumplir sus órdenes, yo, mis hijos y mis parientes viviremos según la Alianza de nuestros padres. ¡Dios me libre de abandonar la ley y nuestras costumbres! No obedeceremos las órdenes del rey, desviándonos de nuestra religión ni a derecha ni a izquierda».

Nada más decirlo, un judío se adelantó a la vista de todos, dispuesto a sacrificar sobre el ara de Modín, como lo mandaba el rey.

Al verlo, Matatías se indignó, tembló de cólera y, en un arrebato de ira santa, corrió a degollar a aquel hombre sobre el ara. Y, acto seguido, mató al funcionario real que obligaba a sacrificar y derribó el ara. Lleno de celo por la ley, hizo lo que Pinjás a Zimrí, hijo de Salu.

Luego empezó a decir a voz en grito por la ciudad:

«Todo el que sienta celo por la ley y quiera mantener la Alianza, que me siga!».

Y se echó al monte, con sus hijos, dejando en la ciudad todo cuanto tenía.

Por entonces, muchos decidieron bajar al desierto para instalarse allí, porque deseaban vivir santamente de acuerdo con el derecho y la justicia.

Salmo de hoy

Sal 49,1-2.5-6.14-15 R/. Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios

El Dios de los dioses, el Señor, habla:
convoca la tierra de oriente a occidente.
Desde Sion, la hermosa,
Dios resplandece. R/.

«Congregadme a mis fieles,
que sellaron mi pacto con un sacrificio».
Proclame el cielo su justicia;
Dios en persona va a juzgar. R/.

«Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza,
cumple tus votos al Altísimo
e invócame el día del peligro:
yo te libraré, y tú me darás gloria». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 41-44

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía:

«Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos.

Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita».

Reflexión del Evangelio de hoy

La tentación de abandonar

En la lectura del primer libro de los Macabeos, de linaje sacerdotal, encontramos a Matatías, líder de la primera rebelión que hace frente a la persecución y helenización paganzante.

Ante la persecución del rey para que sus súbditos hicieran apostasía de su fe, de la ley, de sus costumbres y se acogieran a otros ritos paganos, Matatías entra en cólera, mata a un judío apóstata y a un funcionario real. Así se justificó la guerra santa.

No vamos a justificar ningún asesinato, y me cuestiono si a tanta violencia la podemos llamar Palabra de Dios. Sin embargo, el tema no es ese hoy. A veces ocurre que existen gobernantes que fuerzan la situación con sus políticas creyendo que son mejores las culturas, las religiones y las leyes extranjeras que la tradición, las leyes, la fe propia. Se pone de moda un estilo de vida que no es nuestro, y ante la nueva situación fuerzan a que la gente de su pueblo apostasien de su fe.

Ante situaciones como esta, no podemos caer en la irracionalidad de la violencia, como cayó Matatías, pero sí podemos mantener los principios que nuestra costumbre ha generado, y sí podemos mantenernos firmes en la fe que nos ha dado la vida.

Cuando en España, hace ya una década, se quiso normalizar la visibilidad de la igualdad de género a través de las leyes, se quiso forzar a la Iglesia, a que hiciera declaraciones públicas a favor de ella. Con todo respeto hacia las personas homosexuales, para sentirme aceptado en un colectivo no hay cosa más contraria que el forzar la situación, máxime cuando lo que se vive es un aparente rechazo.

Forzar la cultura, el pensamiento, la libertad impide la misma aceptación, la acogida, y el respeto. A mi modo de ver, cuando existe la actitud de forzar a otro a que me comprenda, es cuando se refuerza la incomprensión. No podemos imponer, y menos a través del chantaje de la apostasía que se puso de moda, a que la gente me acepte, me respete, o me acoja.

Aunque es un tema muy controvertido, en estos momentos de serenidad o reposo, cuando el tema ya ha pasado a un segundo plano en la actualidad, el análisis por parte de la sociedad y la Iglesia podría ser más adecuado y certero. Cuando uno se siente forzado a una situación, refuerza más los sentimientos de rechazo que de acogida. Por eso, es necesario el abandono de la actitud beligerante que provoque cualquier síntoma de rechazo o autodefensa. Cabe decir, que la Iglesia, en toda la controversia que ha manifestado antes y durante la situación, siempre ha manifestado su respeto ante toda persona.

¡Si comprendieras lo que conduce a la paz!

En el Evangelio de Lucas, Jesús observa en el horizonte la ciudad de Jerusalén y llora sobre ella. Habla de su destrucción *“Porque no reconoció el momento de su venida”*. Su llanto y su lamento marcan un fuerte contraste con el júbilo de su entrada a la ciudad.

Jesús pronuncia unas palabras: *¡Si al menos tú comprendieras en este día lo que conduce a la paz!* El centro religioso más importante, Jerusalén, ha de propiciar la paz. El Mesías esperado, es el príncipe de la Paz, pero hay una negación implícita a reconocerlo.

“En este día”, no mañana, ni ayer, sólo hoy, en este día, en que me presento ante ti podrías entrar en la comprensión del misterio de la presencia de Dios. La perícopa siguiente, en el Evangelio de Lucas, se ve a Jesús echando a los mercaderes del templo. Hay en Jesús un celo por el lugar sagrado donde Dios habita. Hay que echar los demonios del templo.

El lamento por el rechazo, por el abandono de Dios es lo que Jesús manifiesta; no es sólo porque se haya convertido la ciudad sagrada en una mercadería, sino que el interior de cada persona, está inmersa en el trasiego del consumismo. Apartados de Dios, en guerra consigo mismos.

Un corazón dividido donde Dios no tiene cabida, es un corazón inmerso en la destrucción. Allí Dios no puede habitar, no puede hacerse presente. Los demonios interiores como el miedo, la huida frente a Dios, el pánico que nos provoca el misterio de la Paz, han de ser echado de nuestras vidas.

El silencio contemplativo en el que Jesús pronuncia estas palabras, es una apuesta por la oración y el encuentro con Dios. Una apuesta para que sea la Paz la que reine en nuestros corazones. Para que la paz los serene, los apacigüe, los integre en una vida de fe y esperanza donde Dios pueda habitar.

Oremos por cuantos no creen en Dios, por cuantos viven con un sentido de beligerancia frente a sí mismos y a los demás, para que abran las puertas a Cristo, el mensajero de la Paz.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Presentación de la Santísima Virgen

Fiesta de origen oriental

Se inicia la víspera (20 de noviembre) y se prolonga hasta el 25 o día de la clausura solemne. Es una de las doce fiestas principales del año litúrgico oriental. El oficio es muy interesante, es una fuente de tradición litúrgica, de tradición espiritual, una invitación a dejar presentar este misterio en la vida cristiana, a acercarse a festejarlo con mucha alegría, «portando con las vírgenes nuestras lámparas encendidas». Esta celebración pasó al calendario romano en 1585.

Una tradición muy antigua cuenta que, cuando la Virgen María era muy niña, sus padres, San Joaquín y Santa Ana, la llevaron al templo de Jerusalén y allá la dejaron por un tiempo, junto con otro grupo de niñas, para ser instruida muy cuidadosamente respecto a la religión y a todos los deberes para con Dios.

Es en los evangelios apócrifos donde se encuentra el relato de la Presentación de María al templo. El llamado Protoevangelio de Santiago es el más antiguo y en él se encuentra el siguiente texto: «María no tenía sino un año; Joaquín dijo a su fiel compañera: conduzcámosla al Templo para cumplir el voto que hemos hecho al Señor. Ana le respondió: esperemos mas bien que ella cumpla sus tres años, cuando no tenga tanta necesidad de su padre ni de los cuidados de su madre... Está bien, dijo Joaquín..., llegó el momento solemne. Ana y Joaquín reunieron a las jóvenes de su tribu y se dirigieron hacia el templo del Señor. No llevaban ni cordero ni paloma, pero iban a ofrecer a aquella que debía concebir al Cordero de Dios para la Redención del mundo, la mística paloma de los jardines del cielo. Cuando los peregrinos llegaron al umbral del pórtico, la Virgen pequeña, subió sola las gradas, con paso firme y seguro».

Los autores de la vida espiritual encuentran aquí tres méritos: hay de parte de María el mérito de la diligencia apremiante, puesto que presurosamente viene a ofrecerse a Dios. El de la generosidad completa, porque María va a inmolarse al templo, deja a su padre y a su madre. Y el tercer mérito es el de una fidelidad inviolable, María sube de virtud en virtud.

Así en la larga historia de la vida religiosa y en centenares de Congregaciones, María tiene una caracterización espiritual dominante. Son varias las que quieren imitar a María a partir de su Presentación en el Templo del Señor.

Gemma Morató, O.P.

Vie
22
Nov
2019

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: Santa Cecilia (22 de Noviembre)

“Mi casa es casa de oración”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Macabeos 4,36-37,52-59

En aquellos días, Judas y sus hermanos propusieron:

«Nuestros enemigos están vencidos; subamos, pues, a purificar el santuario y a restaurarlo».

Se reunió todo el ejército y subieron al monte Sion.

El año ciento cuarenta y ocho, el día veinticinco del mes noveno (es decir, casleu), todos madrugaron para ofrecer un sacrificio, según la ley, en el nuevo altar de los holocaustos que habían reconstruido. Precisamente en el aniversario del día en que lo habían profanado los gentiles, lo volvieron a consagrar, cantando himnos y tocando cítaras, laúdes y timbales. Todo el pueblo se postró en tierra adorando y alabando al Cielo, que les había dado el triunfo.

Durante ocho días celebraron la consagración, ofreciendo con alegría holocaustos y sacrificios de comunión y de alabanza. Decoraron la fachada del santuario con coronas de oro y escudos. Restauraron también el portal y las dependencias, poniéndoles puertas. El pueblo celebró una gran fiesta, que invalidó la profanación de los gentiles.

Judas, con sus hermanos y toda la asamblea de Israel, determinó que se conmemorara anualmente la nueva consagración del altar con solemnes festejos, durante ocho días a partir del veinticinco del mes de casleu.

Salmo de hoy

1Cro 29,10.11abc.11d-12a.12bed R/. Alabamos tu nombre glorioso, Señor.

Bendito eres, Señor,
Dios de nuestro padre Israel,
por los siglos de los siglos. R/.

Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder,
la gloria, el esplendor, la majestad,
porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra. R/.

Tú eres rey y soberano de todo.
De ti viene la riqueza y la gloria. R/.

Tú eres Señor del universo,
en tu mano está el poder y la fuerza,
tú engrandesces y confortas a todos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19,45-48

En aquel tiempo, Jesús entró en el templo y se puso a echar a los vendedores, diciéndoles:

«Escrito está: “Mi casa será casa de oración”; pero vosotros la habéis hecho una “cueva de bandidos”».

Todos los días enseñaba en el templo.

Por su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo buscaban acabar con él, pero no sabían qué hacer, porque todo el pueblo estaba pendiente de él, escuchándolo.

Reflexión del Evangelio de hoy

Ofreciendo con alegría holocaustos y sacrificios de comunión y de alabanza

La lectura de este fragmento del primer libro de Macabeos, nos narra la restauración y purificación del templo, después de la victoria de Judas Macabeo sobre los jefes de Samaria y Siria. Durante años han sufrido las vicisitudes de la guerra, la devastación de sus tierras y la profanación del Templo. Pero la mano de Dios ha estado favoreciendo a su pueblo y les ha dado la victoria sobre todos sus enemigos. Con la victoria, lo primero que se plantean es homenajear al Dios que ha socorrido al pueblo y ha prestado su fidelidad y su fuerza frente a los enemigos. Con prioridad deciden recomponer el Templo, con piedras, ornamentos y objetos sagrados nuevos, dignos del Dios que ha manifestado su gloria y su poder. Y establecen que esta fecha será celebrada todos los años, para reconocer la gracia que Yahvé ha manifestado con su pueblo.

Por encima de lo festivo del relato y de lo anecdótico del mismo, esta lectura nos muestra la profunda fe e interiorización que el pueblo tiene sobre la presencia y manifestación del Dios de Israel, que merece los sacrificios y la alabanza de todo el pueblo. La mano de Dios sostiene la historia y las andanzas del pueblo. Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá destruirnos? La diestra del Señor es poderosa, dice el salmista, y anima a todo el pueblo para que unidos entonen alabanzas al Señor.

Mi casa es casa de oración

Este pasaje de Lucas se enmarca en la última subida de Jesús a Jerusalén. Jesús se enfrenta a los cambistas y mercaderes del Templo. El respeto por el Templo como lugar de revelación de Dios era un signo de identidad del Pueblo judío. Jesús participaba especialmente de ese sentimiento. Ya aparece en su infancia cuando perdido de sus padres, lo encuentran en el Templo entre los doctores. Ahora San Lucas nos narra el enfrentamiento que Jesús tiene con los mercaderes y cambistas que mancillan la casa de Dios. Lucas en este capítulo final, antes de los relatos de la Pasión, quiere rematar el testamento del Maestro. Jesús es Mesías, y aparece en Jerusalén montado en un pollino, recibido con ramos de olivo y mantos como alfombras. Pero es un Rey no de este mundo, como le responde a Pilatos, sino que su reino es un reino de salvación para pobres y oprimidos. Es un Mesías profeta, que llora la destrucción futura de Jerusalén, porque son gente de corazón duro que no han reconocido al enviado de Dios. Está anunciando también su propia persecución y muerte. Él es el nuevo Templo de Dios. Y finalmente es sacerdote, mediador y ofrenda del Padre, por eso se preocupa del Templo y de las cosas de su Padre. Es el enviado que iniciará una nueva forma de culto a Dios, en espíritu y en verdad, por encima de ofrendas y sacrificios.

Este mesianismo de Jesús será la conclusión que supondrá su muerte. Jesús ha venido a instaurar un nuevo tiempo, unas nuevas formas de relacionarse con Dios desde unos corazones abiertos, en seguimiento del mandato de Jesús: “Amaos unos a otros, como Yo os he amado”. El templo tiene así un nuevo sentido, un lugar de alabanza y encuentro. Un referente sacramental del amor de Dios y del amor que nos debemos unos a otros. Con Cristo, templo vivo del Espíritu, nuestro semejante es también lugar de oración y alabanza al Padre.

Debemos recuperar esa mirada sacerdotal que nos pone en referencia con Dios cuando vemos a nuestros prójimos, también hijos de Dios. Y juntos poder levantar cantos de alabanza a nuestro Salvador Jesús.

¿Creemos que el otro es el lugar sagrado que Jesús nos reveló, como bendición de Dios y que amar al otro es acercarnos realmente a Dios?



D. Oscar Salazar, O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

Santa Cecilia

Santa y mártir, patrona de la música, los poetas y los ciegos

Cecilia es una de las siete mártires mencionadas en Canon romano, a quien está dedicada una basílica en el Trastévere de Roma desde el siglo V, que aún subsiste en el de hoy con varias reformas desde entonces. Su culto se difundió ampliamente a partir de la Passio (relato de su martirio), del siglo VI, en la que es exaltada como modelo de la virgen cristiana. Sólo más tarde, en el siglo XV, se le atribuye su papel de inspiradora y patrona de la música y del canto sacro.[...]

Si nos atenemos a la tardía Pasión, Cecilia, de la rica y noble familia de los Cecilios, acudía diariamente a la misa que celebraba el papa Urbano en las catacumbas de San Calixto de la vía Apia, acaso propiedad de dicha familia, que generosamente la había cedido para sepultura de los cristianos, y donde la esperaba una multitud de pobres, que conocían su generosidad.

Dada como esposa a Valeriano, Cecilia, en la noche de bodas, mientras sonaba un órgano, cantaba en su corazón «sólo para el Señor (he aquí el origen de su patronazgo de la música sacra). [...]

Avanzada la noche de bodas, la joven Cecilia le dijo a Valeriano: «Ninguna mano profana puede tocarme, porque un ángel me protege. Si me respetas, él te amará como me ama a mí». Al contrariado esposo no le quedó más remedio que aceptar el consejo de Cecilia, se hizo instruir en la fe cristiana y se hizo bautizar por el papa Urbano y así pudo compartir el ideal de pureza de su esposa, recibiendo en recompensa su misma gloriosa suerte: la palma del martirio en el que participó incluso un hermano de Valeriano, llamado Tiburcio, que desde su conversión se dedicaron a la piadosa labor de enterrar a los muertos cristianos. Pronto fueron arrestados, procesados y condenados a morir decapitados. [...]

El papa Pascual I (817-824) trasladó sus reliquias desde el cementerio de Calixto a la basílica de la que Cecilia era titular en el Trastévere, y en la que un mosaico recordaba su noche de bodas con Valerio.

Sáb

23

Nov

2019

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“No es Dios de muertos, sino de vivos”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Macabeos 6,1-13

En aquellos días, el rey Antíoco recorría las provincias del norte cuando se enteró de que había en Persia una ciudad llamada Elimaida, famosa por su riqueza en plata y oro, con un templo lleno de tesoros: escudos dorados, lorigas y armas depositadas allí por Alejandro el de Filipo, rey de Macedonia, primer rey de los griegos.

Antíoco fue allá e intentó apoderarse de la ciudad y saquearla; pero no pudo, porque los de la ciudad, dándose cuenta de lo que pretendía, salieron a atacarlo.

Antíoco tuvo que huir y emprendió apesadumbrado el viaje de vuelta a Babilonia.

Cuando él se encontraba todavía en Persia, llegó un mensajero con la noticia de que la expedición militar contra Judea había fracasado y que Lisias, que en un primer momento se había presentado como caudillo de un poderoso ejército, había huido ante los judíos; estos, sintiéndose fuertes con las armas, pertrechos y el enorme botín de los campamentos saqueados, habían derribado la abominación de la desolación construida sobre el altar de Jerusalén, habían levantado en torno al santuario una muralla alta como la de antes y habían hecho lo mismo en Bet Sur, ciudad que pertenecía al rey.

Al oír este informe, el rey se asustó y se impresionó de tal forma que cayó en cama y enfermó de tristeza, porque no le habían salido las cosas como quería.

Allí pasó muchos días, cada vez más triste. Pensó que se moría, llamó a todos sus Amigos y les dijo:

«El sueño ha huido de mis ojos y estoy abrumado por las preocupaciones, y me digo: “A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje estoy metido, yo, que era feliz y querido cuando era poderoso! Pero ahora me viene a la memoria el daño que hice en Jerusalén, robando todo el ajuar de plata y oro que había allí, y enviando gente que exterminase sin motivo a los habitantes de Judea. Reconozco que por eso me han venido estas desgracias. Ya veis, muero de tristeza en tierra extranjera”».

Salmo de hoy

Sal 9,2-3.4.6.16.19 R/. Gozaré, Señor, de tu salvación

Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
proclamando todas tus maravillas;

me alegre y exulto contigo,
y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo. R/.

Porque mis enemigos retrocedieron,
cayeron y perecieron ante tu rostro.
Reprendiste a los pueblos, destruiste al impío
y borraste para siempre su apellido. R/.

Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron,
su pie quedó prendido en la red que escondieron.
Él no olvida jamás al pobre,
ni la esperanza del humilde perecerá. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 20,27-40

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús:

«Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano». Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer».

Jesús les dijo:

«En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección.

Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Intervinieron unos escribas:

«Bien dicho, Maestro».

Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

La muerte de Antíoco IV

Esta lectura nos habla principalmente de la muerte del rey Antíoco IV, que hizo bastantes campañas donde salió victorioso. Quiso también apoderarse de la ciudad llamada Elimaida "famosa por su riqueza en plata y oro, con un templo lleno de tesoros. Pero fracasó en su intento y fue vencido por los judíos.

El autor de este libro de los Macabeos llena de contenido teológico la derrota y muerte de Antíoco IV. "¡A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje estoy metido, yo, que era feliz y querido cuando era poderoso! Pero ahora me viene a la memoria el daño que hice en Jerusalén, robando todo el ajuar de plata y oro que había allí, y enviando gente que exterminase a los habitantes de Judea, sin motivo. Reconozco que por eso han venido estas desgracias. Ya veis, muero de tristeza en tierra extranjera". Vemos cómo él mismo ha explicado la causa de su muerte.

No es Dios de muertos, sino de vivos

La verdad es que en el evangelio vemos, principalmente a las autoridades religiosas de los judíos, poner diversas trampas a Jesús para cazarle en algún renuncio y desprestigiarle. Pero Jesús siempre salió airoso de esas trampas.

Hoy son los saduceos los que con el relato de la mujer que se ha casado con los siete hermanos, después de la muerte de cada uno de ellos, le preguntan de quién será la mujer cuando llegue la resurrección, creen tener seguro un argumento para rechazar la resurrección.

Pero Jesús les desmonta su razonamiento aludiendo a que "los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos, no se casarán". Invoca también a Moisés en el episodio de la zarza cuando "llama al Señor: Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob. No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos".

Con estos argumentos le bastó a Jesús para responder a los saduceos. Bien sabemos que en otros muchos pasajes del evangelio Jesús defiende con fuerza su resurrección y la de todos sus seguidores. "Yo soy la resurrección y la vida el que me sigue aunque muera vivirá para siempre".



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

